

TRAZOS Y UN MURMULLO

Pequeña la sensación de invasión de un lugar íntimo, la misma sensación de entrar en un lugar que localizas en la proximidad pero que exige un interrogatorio de sospecha. Toda una sugestión participativa que existe después de marcharse con la pintura y la distancia del pigmento sobre lienzos y paredes. Asistimos a la propuesta que la galería C5 acaba de inaugurar el pasado viernes, un completo acercamiento al trabajo de Carlos Maciá y un prólogo de Félix Fernández, presentando una instalación en la última planta. Los dos autores pertenecen a un grupo de nombres que, como Antón Cabaleiro, Eva Mendoza, Rubén Santiago o Carlos Rodríguez-Méndez, expandieron su frontera geográfica, principalmente en Madrid o Cataluña, en una necesidad de experimentar y alcanzar nuevos espacios. Por eso mismo, el hecho de que muchos de ellos retornen en proyectos concretos de certámenes o muestras debe servirnos para comprender su importancia dentro del panorama creativo gallego actual. Conviene destacar que, de forma paralela a la cita que hoy nos acoge, estos días muchos de ellos coincidieron en iniciativas varias: Rubén Santiago en la muestra "Vídeo á carta" de la galería DF de Santiago, Antón Cabaleiro en una próxima individual en Sargadelos y muchos otros en el grupo de nombres que este mes se reúnen en San Martiño de Pinario.

Color, después cariño.

Carlos Maciá desvirtúa completamente cualquier conocimiento o prejuicio que pudiéramos tener con la pintura, esa gran caja sin fondo. Mientras prepara su muestra en la Galería La Nave de Valencia, presenta una selección de nuevas pinturas que invaden los cuatro niveles de la galería, sus salas y escaleras "2046", título de la muestra, sigue la línea interpretativa de la película de Kar Wai Wong, su necesidad de expandir ritos y pretextos. Sin insistir en la línea seriada, como sucediera en sus anteriores trabajos, Maciá dispersa un vocabulario de colores y expresiones en cuadros que son, antes de nada, impresiones de acción, de comportamiento. En un vídeo pedagógico en una de las salas asistimos al ritual de procesos sobre una superficie, en su estudio. Sin un único miedo de composición, cada una de sus obras son impulsos de color y gesto incontrolado, impulso cromático vibrante y disperso, emocionado; curiosidad de narración poética que bebe de forma visual, de su lugar en el campo del itinerario de la expresión.

Félix Fernández, que prepara su participación en el próximo ciclo de Latitudes, propone una pieza que condensa muchas de las claves de su trabajo, un suspiro de instalación en la habitación de la última sala. Sobre la pared una proyección del propio efecto de experiencia cotidiana, en un discurso que presenta el propio actor en el acto de despertar, debajo de las sábanas. Félix pertenece a su obra, curiosear en sus entrañas, actúa de espejo que existe desde la plataforma que dibuja su obsesión, su deseo, forma parte del engranaje que existe y se interpreta. Una cadena de actuaciones que se ejecutan sobre la piel del vídeo, siendo este medio de dilatación poética de canal de sugerencias en el tiempo que recorren su cuerpo como un segundo intruso en su escenario íntimo. Insiste en su relato el efecto del sueño, imágenes emergentes de la emoción, mientras delante una cama deshecha delata la existencia de un pasado, de una acción.

Nombres ya incuestionables de la última generación, que actúan de barómetros de buena y activa trayectoria en un contorno peninsular pero que recibimos siempre con la necesidad de completar un hipotético mapa creativo gallego.